

Alientos de los que luchan en Rusia

Entre los falangistas españoles los hay mejores, y éstos están en Rusia cooperando a la tarea de destrucción del comunismo en su misma guarida. De estos mejores me cabe el honor de haber sido camarada de armas de algunos durante la pasada Cruzada liberadora de nuestra Patria, entre ellos un buen gallego, que para más detalles hará falta decir que es Camisa Vieja, joven, animado de los más altos ideales, y de un gran amor a nuestra España.

Sus cartas son de un espíritu elevado y dignas de ser publicadas o por lo menos comentadas, y esto es lo que me propongo, sabiendo de antemano que no lo lograré, no por falta de tema, si no porque no sabré desarrollarlo.

Una de sus cartas la dedica por completo a la soberbia organización del Estado «nazi», contándome las impresiones por él recogidas durante su estancia en dicho pueblo; otra se refiere a su antítesis, o sea a la labor destructora en todos los aspectos del comunismo en el pueblo ruso. La primera está escrita en un tono de encendido entusiasmo y admiración.

Entre otras palabras se expresa textualmente así: «Durante mi viaje por la gran Alemania, pude apreciar el nivel de vida del obrero alemán; es algo formidable y que pasa todos los cálculos, no sólo en la ciudad, sino también en el campo; la construcción y arquitectura de los hogares es una maravilla; dan una agradable sensación de comodidad y austeridad al mismo tiempo. En cualquier agrupación de casas se distingue su Campo de Deportes, su piscina, etc., en fin, una perfección.» Como puede apreciarse por los detalles anteriormente citados, la Revolución Nacional socialista no se ha cerrado en las capitales, sino que, partiendo de las mismas, ha invadido el campo, logrando que los campesinos disfrutasen de la misma.

Pero... vamos a seguir con el texto que se expresa mejor: «En el viaje desde el campamento de instrucción hasta el frente pasamos por Berlín y allí es donde el espíritu se sobrecoje de la inmensa y grandiosa obra del Nacional Socialismo. Me daba la sensación de que estábamos viendo convertida realidad una novela futurista. No puedes imaginarte el panorama que presenta la zona industrial de Berlín; da la sensación de que el obrero alemán trabaja en un círculo de recreo, tal es la instalación de las fábricas.»

«Querido camarada, Alemania es una máquina perfecta, pero una máquina con alma, con espíritu. Una máquina donde todas sus piezas funcionan exactamente y donde existen unos mecánicos para reparar las piezas que de un día a otro dejan de funcionar normalmente, y gracias a esto es lo que es. Alemania ganará la guerra; no hay fuerza humana capaz de variar este resultado, y si actúa una fuerza divina, actuará en defensa de este gran pueblo, que por su trabajo, disciplina y espíritu de sacrificio se coloca entre los primeros del mundo.»

Hablando de su raza, de nuestra raza y de su espíritu de combate habitual se expresa eloquentemente y sobre todo comentando: «A nuestro General, Hitler le concedió la Cruz de Hierro. En el poco tiempo que llevamos en el frente, hemos podido demostrar que la raza hispana sigue existiendo; iremos a donde vaya el primero.»

Y ahora pasaremos al reverso del asunto, o sea las impresiones por él sacadas de lo que con ironía titula «paraíso soviético». Sus letras son elocuentísimas y creo que serán suficientes para dar una idea más o menos exacta de lo que ello es y significa: «El régimen soviético se basa en la negación del individuo como persona; es indigno y cruel, sobre todo para el campesino ruso. Es una afirmación que quizás sea la que te pueda hacer con más propiedad, ya que nosotros no vamos por rutas de turismo, sino que vamos precisamente por el corazón de Rusia, y hasta ahora no hemos encontrado más que miseria en su grado máximo; miseria moral y material en la forma más espantosa. Sólo se ve gente sin voluntad, que no se explica o no me explico como pudieron soportar este suplicio, si éste es el adjetivo apropiado.»

Ahora que conozco Rusia, comprendo más la canallada de ciertos países al prestar ayuda a los «rojos» en nuestra guerra de liberación, queriéndonos sumir en el caos en que se encuentran estas gentes, y fíjate bien lo que te voy a decir,

a ti que conoces mi espíritu tan magnánimo y propenso al perdón, como excombatiente que eres, cuando te pidan tu opinión, tu obligación es condenar con la más firme expresión a los que contribuyeron al caos en que España estuvo sumida por los manejos del Komintern; no se debe pedir perdón para nadie y si un duro castigo; aunque parezca duro e inhumano esta es la realidad; y a todo aquel que hable con sorna del triunfo del Antikomintern y abrigue la esperanza del triunfo de Rusia y sus amigos a este escupirle la cara, pues todos sus sentimientos son originados por la ambición de algún negocio a costa de lo mejor de la Juventud de Europa, entendiéndose por Juventud Europea la que lucha por la nueva Ordenación.

La magnitud del desastre del pueblo ruso es inconcebible para quien no lo ha visto o vivido. El hombre en este régimen deja de ser tal para convertirse en un accesorio, cuando no en una bestia. El aislamiento que el gobierno ha sumido a la masa es de tal magnitud, que no se da la más pequeña idea de como se vive en el resto del mundo.

La organización se basaba en colectividades a las que todos debían contribuir con su trabajo; por este trabajo el Estado les daba una «casa», que consistía en una habitación que servía de dormitorio, comedor, cocina, etc., en fin, resultaba un verdadero cuchitril. A los campesinos se les permitía tener como propiedad privada unos valores ridículos, pero ni aun esto no podían poseer, ya que los impuestos eran tan elevados que resultaba que siempre estaban empeñados con el Estado. Calcula cuál no sería el asombro de estas pobres gentes (pues no merecen otro calificativo) al ver como vivían los soldados de Hitler, y las caras de admiración que ponían cuando les enseñabas una revista o simplemente una fotografía. En lo que a las mujeres se refiere, su estado es desastroso; pérdida toda su femineidad, su moral es de espanto; ni la más ligera noción del recato y pudor.

Sólo me queda atestiguar mi admiración y recuerdo a este camarada, extensivo a todos las componentes de la «División Azul» y sus camaradas de armas, agradeciéndole el aliento que nos manda, y devolviéndoselo, a poder ser, con creces, con la seguridad de que aquí hay quien piensa también con nuestra Patria, que ellos tienen tan lejos, pero que sienten tan cerca.

P. V. R.

LOS LIBROS

Ambrosio Spinola y su tiempo

de José María García Rodríguez

Yo que he visto hacer, como quien dice, este libro, se de la voluntad y del amor que ha puesto en su obra José M.ª García Rodríguez. Ha sido su suya labor de consciencia, de hallar nota a nota, el hecho, la fecha, el nombre, el rasgo de tal o cual personaje, escondidos muchas veces entre páginas y más páginas de farragosa literatura latina, italiana, francesa o española, que hay Pedro Fernández aquí y en Flandes.

De los escritores españoles encuadrados entre las paredes de nuestra generación, dudo que haya alguien, aparte Luys Santa Marina —que aventaje a García Rodríguez en conocer a fondo la vida militar española del siglo XVII. No son alabanzas sin ton ni son. Es una realidad. La verdad no tiene más que un camino, y ya ver quien ha perfilado con más vigor, dentro de la actual generación, la figura del vencedor de Breda y el mundillo que vive a su alrededor en ese retablo grande que es «Ambrosio Spinola y su tiempo»? Nadie. Reconozcámoslo.

Además, la obra rebosa españolismo por sus cuatro costados, es el libro de un español de ley que ve las cosas a través de su corazón fundido en el molde de nuestro estilo.

Buena biografía es, de lo mejor editado en ese aspecto hasta la fecha. Y eso lo digo yo, sinceramente, que la he visto hacer como quien dice.

MANUEL VELA JIMENEZ

CLÁSICOS DEL MOVIMIENTO

¿Reaccionarios o Revolucionarios?

La ruptura con el pasado. No es posible asentar sobre base popular una política que no sea, en algún modo, revolucionaria, o más exactamente, reformista.

Si bien se mira, todas las actitudes políticas que prenden entusiasmo en el pueblo van animadas de un espíritu de protesta; y tanto más se aproximan al triunfo cuanto mayor energía ponen en la crítica y acreditan más certeramente su contenido reformador: la raíz política más fecunda en el sentimiento de las masas es el descontento.

De una manera o de otra, el partido que aspira a una popularidad genuina, ya sea con la suprema aspiración de convertirse en nacional, o al menos con la de poseer fuerza combativa eficaz, ha de proclamar una incompatibilidad con el pasado, el lanzamiento de algún lastre histórico de los que el pueblo abomina o recela.

Sabedores los hombres de la demagogia liberal del provecho que en la política rinde la explotación verbalista del descontento popular, cultivan ante todo, y aun exclusivamente, la protesta contra lo existente o lo antiguo. Colocan sistemáticamente la felicidad del pueblo—regentado por ellos, naturalmente—en un porvenir fantástico que por lo mismo que es desconocido nada cuesta pintar con los mejores colores.

La dialéctica revolucionaria, bien se sabe que no es otra cosa sino «una polémica con el pasado», como decía cierto popularísimo hombre de derechas hace pocos días hablando de la constitución que nos han hecho los masones. Es de ver la iluminada fruición, el fanático coraje con que las clases que llamamos desheredadas acogen ese enjardo verboso de los revolucionarios al uso marxista o liberalesco para juzgar el pasado. A todas las mentes inferiores les va bien el regalo gratuito de los paraísos imaginarios y aplauden por eso a quien dibuja y promete sin embages una edad de oro, mucho mejor si es venidera que pasada.

Llegar en la ruptura con el pasado hasta abominar de toda la historia, es una bárbara fechoría y una blasfemia que sólo cabe defender poseyendo el inejable cretinismo de ese ministro de Fomento que dijo: «Nada hay que conservar.»

Hay que conservar y restaurar. Hay, sí, que conservar, y sobre todo hay que restaurar. Tenemos que conservar, fomentándole, el sentimiento de la unidad hispánica, el respeto sagrado a la integridad familiar, el patrimonio —harto disminuido, es cierto—de sentimiento religioso y honradez social, no menos que la fortaleza económica de pueblo independiente, todavía real a despecho de las acometidas criminales consumadas por la furia parlamentario-socialista.

Y tenemos que restaurar la fe en el destino grandioso histórico de la raza, las concepciones autóctonas de la cultura española, las costumbres cristiano-españolas para regir la administración y cumplir los deberes sociales, así como el afán de crear y la aptitud para el heroísmo, substituidos en los últimos tiempos por la cobardía europeizante y el derrotismo individualista.

Contenido revolucionario.—Con ese credo conservador y restaurador ya tiene la nueva política un magnífico contenido revolucionario. Poseerá la más brillante capacidad de proslitismo presentando ante el pueblo la viva protesta contra las deserciones antipatrióticas y la dilapidación traidora de energías materiales y valores espirituales en que incurre la ineptitud gobernante.

No menos tajante habrá de ser la protesta contra la tozudez del capitalismo burgués, cerrado a toda transigencia voluntaria con la ya ineludible victoria de una nueva estructura económica-social. La invalidez de las formas capitalistas para llenar el derecho a un bienestar medio de todos los ciudadanos del Estado y equipar a la Nación para conquistas de grandeza, no suele suplirse con remedios tacaños y tímidas concesiones.

Hay que llegar a una nueva fase económica, con el predominio sindicalista (resurrección gran industrialista de los gremios) que cierre el camino a la ciega irrupción del bolchevique, con soluciones radicales de tipo nacional.

Por otra parte, urge, como decimos, movilizar las fuerzas y las personas todas para reconstruir la Nación e imponer el seguimiento de veredas de grandeza colectiva: todo esto es un programa revolucionario más sincero que el demoliberal o el marxista.

28-XII-31

ONÉSIMO REDONDO

DESPUES DE LA FIESTA

Por FRANCISCO TOLSADA

Tras estos días en que los organizadores de la Fiesta del Libro español nos hemos visto obligados a dar de mano a toda otra tarea que no fuera la de contribuir al máximo esplendor de la misma, parece casi obligado también el intento de sacar las consecuencias pertinentes de ella derivadas.

La reiteración anual de este exponente de la cultura española, que en el pensamiento de las más altas Jerarquías de la Nación, supone, sin duda, un estímulo a las actividades de toda índole en torno del libro hispánico, con propósitos manifiestamente directivos del pensamiento nacional, en los ejecutantes de aquellas órdenes y normas, debe suponer y debe fraguar evidentemente, un propósito de superación. No nos debemos conformar con lo conseguido, porque esto es siempre—como en toda obra humana—parvo, en relación con los propósitos.

En primer lugar es necesario evitar ante todo que la fiesta del Libro Español derive hacia un rutinario encarrilamiento de actos, por inercia repetidos para constituirse en una costumbre más en medio de nuestra burocracia docente y educadora, que con el transcurso del tiempo queda enquistada y sin alma en nuestras anuales solemnidades. Está bien el intento de conservación de la costumbre, cuando la costumbre es buena, pero, creo, que debemos tender a que, cada año la Fiesta del Libro, dentro de la amplitud de normas y directrices con que la conciben nuestros supremos rectores, sea cosa nueva, viva, palpante y suponga un evidente avance en todos los aspectos relacionados con el sujeto festejado.

La Fiesta del Libro debe ser, en mi opinión más que una exposición de logros, un planteamiento de anhelos y exposición de una firme voluntad de superarse en años sucesivos. Escápate, por tanto, donde se exponga, al lado del vino rancio, con fuerte solera, de nuestras glorias nacionales, el zumo joven, alegre y picante de la moderna producción nacional. Nunca resulta más verdad que en estas cosas de libros el d'anunciano «renovarse o morir». Hay, por consiguiente, que renovarse continuamente; que no es cambiar, sino superarse; que no es ser «otros», sino siempre los mismos, pero más acendrados cada vez.

El resultado de la Fiesta del Libro en el presente año se presenta a muchas consideraciones que no hemos de abordar en conjunto, porque nos llevaría demasiado lejos, pero sí queremos destacar uno de sus aspectos más importantes, notados ya por varias personalidades y hechos públicos en conversaciones y periódicos; el de la producción.

Evidentemente la producción literaria ha descendido este año, en cantidad y en calidad. Es cierto que se han visto escaparates, mesas y puestos llenos de millares de publicaciones. Ha sido frecuente escuchar la frase: «Nunca se ha publicado tanto como ahora.» Parece como si las circunstancias en que se debate el mundo no influyesen en la economía del papel y estuviesen nadando en la abundancia de este artículo de primera necesidad. Sin embargo nada más lejos de la verdad que el de pensar haber conseguido una abundante y (continúa en la página 3)